

NOCHE PROFANA



DIBUJO DE F. HOHENLEITER.

¡La noche víspera del día de los muertos!... Era una noche blanca como un sudario, como esas noches en que los espíritus errantes juegan al corro junto á la luna pálida, porque los ecos de los niños que en las plazas viejas y silenciosas de los pueblos humildes, cantan sus alegrías, invitan á ello. Una noche de esas en que el alma gitana llénase de melancolía al mirar al cielo y ver tan satisfecha de caminar á la luna llena, mientras ella tan descontenta de su sino... Y bailan sin embargo los cuerpos gentiles de las mujeres, derrochando majeza y bravura que mata sus más hondas penas y sus más enormes temores.

Pero era noche de recato y devoción. La *Bética*, aquella

moza gitana y brava, tenía mucha pena y no menos miedo. Desde que *Curriyo* fuese al otro mundo puede decirse que su existencia era un sauce; no dejaba de llorar un momento. ¡Pobres ojillos negros, que no querían mirar á la luna, temerosos de quedarse ciegos!

Pero la *Bética* no quería de ninguna manera marchar á hacerle compañía á *Curriyo* que seguramente se estaría aburriendo... Algunas noches soñaba la gitanilla que *Curriyo* la daba achares allá, con una negra. A la mañana siguiente á la noche de tales ensueños, amanecía toda arañada; era sin duda que en el delirio de los celos, ya que no podía esforzar con su rival, se vengaba en su propia carne. ¡Qué lástima daba el ver su rostro de reina mora respunteado de sangre y sus ojos ribeteados de cólera!

No podía olvidar ni un instante á *Curriyo*. Esta noche conmemorativa pensaba ofrendarle todos sus amores que nadie jamás mancilló. El aroma de su juventud, sin esperanza de una mejor vida.

Recluyóse en su alcoba y encendió los velones que alumbraron mientras *Curriyo* estuvo muerto. Una vez hecho esto se hincó de rodillas junto al respaldo, dando frente á la cabecera de la cama donde murió su bien. ¿Y qué hacer después? La *Bética* no sabía rezar; no conoció á su madre, ni siquiera á su abuelo que la enseñasen. Viviendo siempre una vida nómada; de pueblo en pueblo y de feria en feria. Hoy al servicio de una tribu y mañana al de otra; y todos los días á merced del destino, hasta que atravesóse en su senda espinoza *Curriyo*, por cierto una noche blanca también, en que la gitana bailaba danzas flamencas en una plazuela de un pueblo castellano. Le dió mucha lástima á *Curriyo* verla bailar aquellas danzas que nadie podía entender á no ser de su raza. Tú eres mía, mi mare. La marisita que t'ha parío—. Se le saltó una lágrima de emoción á *Curriyo* y la *Bética* al escucharlo no pudo continuar bailando de emoción también.

—¡Olé mi rasa y mi sangre—repetió *Curriyo* frenético—.

Y desde entonces no bailó más en público, si no fué una temporada en que faltos de recursos por cierta enfermedad de él, tuvo que recurrir á su profesión, y ahora, cuando sola tenía que ganarse la vida de la misma manera, en Barcelona, en un café concierto del Paralelo.

Viviendo una vida semejante, la pobre gitana no pudo aprender á rezar.

Al cabo de un rato de estar postrada ante el lecho desierto en que murió *Curriyo*, se puso en pié. Había encontrado solución á su desconcierto.

Contenta y apenada al par, comenzó á despojarse de las negras vestiduras que cubrían sus carnes, para disfrazarse con la indumentaria que llevaba la noche aquella que conoció á *Curriyo*. Un vestido de tantos colores como el arco iris. Luego que estuvo ataviada á su gusto, salió de la casa y echó á andar calle arriba. Era bastante tarde, pero toda-